

Mgr. Dionisio Quiroz Tequén
Miembro de la Comisión Organizadora de
la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo

**POR LOS CAMINOS DE DIOS:
PENSAMIENTO Y OBRA
EDUCATIVA
DE MONS. IGNACIO MARÍA DE
ORBEGOZO Y GOICOECHEA
EN LA DIÓCESIS DE CHICLAYO**

DATOS DEL AUTOR:

Nació en Santa Cruz, Cajamarca en 1924 y se ordenó sacerdote en 1966. Fue designado director del Instituto Pedagógico Santo Toribio de Mogrovejo, por Monseñor Orbegozo, quien le encomendó la dirección del centro y las primeras gestiones de la creación de la actual USAT. Tiene el grado de Magister por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima en Educación. Hoy se desempeña como delegado de la Promotora y profesor de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo.

POR LOS CAMINOS DE DIOS: PENSAMIENTO Y OBRA EDUCATIVA DE MONS. IGNACIO MARÍA DE ORBEGOZO Y GOICOECHEA EN LA DIÓCESIS DE CHICLAYO

PRESENTACIÓN

Nunca pensé poner por escrito acontecimientos que revelan la visión de un gran obispo y amigo mío, en los cuales, de alguna manera estoy involucrado, porque no soy escritor ni mucho menos historiador, pero a solicitud de Mons. Jesús Moliné Labarta respondí con sencillez y obediencia a su pedido y aquí están estas líneas.

Este trabajo es el testimonio fidedigno de quien acompañó personalmente el pensamiento y el accionar de Mons. Ignacio por espacio de tres décadas de ilusiones, esfuerzos, sinsabores y esperanzas que culminaron con la autorización y funcionamiento de la Universidad Privada Santo Toribio de Mogrovejo.

Recuerdo que el día anterior a su muerte, siendo las siete de la noche, me acerqué a saludarle. Él estaba en su cama, acostado al lado izquierdo. Luego me incliné para conversar con él y alargando su mano derecha me abrazó fuertemente hacia sí y me dijo: "*Dionisio, muchas gracias por todo!*". Al día siguiente, entregó su vida al Señor para permanecer con Él eternamente.

Quiero recalcar que estas gracias son para todos y cada uno de los que trabajaron con él: profesores, administrativos, alumnos, padres de familia y amigos que compartieron su vida, su pensamiento, y su acción y con ello sirvieron a la Iglesia y, así quiera Dios, lo sigan haciendo.

EL AUTOR

I. PRIMEROS PASOS

Corría el 26 de abril de 1968, cuando Monseñor Ignacio María de Orbeago y Goicoechea es nombrado por la Santa Sede, Segundo Obispo de la Diócesis de Chiclayo, sucediendo en este cargo a Monseñor Daniel Figueroa Villón, fallecido el 30 de enero de 1967 y reemplazando a Monseñor Luis Sánchez-Moreno Lira, quien se desempeñaba como Administrador Apostólico de la Diócesis.

Al tomar posesión de la Diócesis el 18 de mayo de 1968, Mons. Ignacio consideró indispensable contar con una información de base, que le permitiera desarrollar una actividad pastoral pertinente, concretamente, en la formación religiosa de los laicos, para lograr con el tiempo, que éstos se involucren en el quehacer de la Iglesia.

Este empeño lo conduce a tomar contacto con mi persona ya que por encargo de los obispos anteriores me había desempeñado como Promotor de Estudios de la Diócesis; Editor del Boletín Oficial de la misma, así como también de la catequesis en la Catedral y paralelamente a ello era profesor del Curso de Religión en el Colegio Nacional San José de Chiclayo. Todas estas responsabilidades, que convergen en la constitución de un rico acervo contextual que con seguridad ayudaría al trabajo que deseaba emprender.

Efectivamente, en este encuentro, acontecido a principios de junio de 1968, tuve la oportunidad de hacerle conocer lo que venía haciendo y a la vez le expuse detalladamente la situación de la formación religiosa en la Diócesis, señalando tres aspectos principales:

- 1° La mayoría del campesinado de la Sierra y de la Costa no recibía orientación catequética, como sí ocurría en buena parte, con los habitantes de la ciudad de Chiclayo.
- 2° La enseñanza religiosa en algunos colegios de la ciudad de Chiclayo estaba a cargo de sacerdotes de avanzada edad y, algunos, recibían mal trato de parte de los estudiantes, pues no habían sacerdotes jóvenes que los pudieran reemplazar.

Tampoco había profesores titulados en Religión. En los colegios secundarios del resto de la Diócesis, las horas de Religión eran entregadas a profesores de otras especialidades sin mayor o ninguna preparación religiosa y muchos directores no tenían en cuenta de si estaban autorizados o no para ofrecerla; incluso en algunos casos, las horas eran entregadas a profesores de ideología y vida contrarias a la fe. Pero había también muchos de estos profesores que querían recibir la capacitación necesaria para continuar dando formación religiosa en los colegios.

3° Los profesores de las escuelas de Educación Primaria y los de los colegios secundarios no utilizaban la Biblia, limitándose a repetir las oraciones aprendidas y algo de catecismo, justificándose en que no sabían enseñar Religión.

Recuerdo que al exponerle esta situación, sólo de vez en cuando me interrumpía y era para precisarle algunas informaciones. Descubrí en él una gran paciencia y una gran capacidad para escuchar e informarse bien.

Posteriormente, frente a la realidad descrita le propuse las siguientes alternativas:

- Creación de Escuelas Radiofónicas para ofrecer formación religiosa, conocimientos prácticos de agricultura, de vivienda, de salud, etc, a los habitantes de las zonas rurales de la Sierra y de la Costa que viven en los valles o en las laderas de los cerros y que, por lo general, disponen de una radio portátil.
- Desarrollar Cursos Vacacionales de Formación Religiosa, para capacitar al profesorado que carecía de Título Pedagógico y al que, aún teniéndolo en otras especialidades, necesitaba complementar su formación cristiana y de este modo apoyar a la Iglesia en la enseñanza de la asignatura de Religión.
- Creación de una Facultad de Teología (universidad) para formar profesores de Filosofía y Religión, con título pedagógico, y de este modo tener real y efectiva presencia en los centros educativos.

Al terminar la exposición me quedó mirando fijamente, como diciendo que concordaba plenamente y empezó a conversarme de su labor en Cañete con la ayuda de profesores y con unos pocos sacerdotes. Me dijo que encontró profesores realmente admirables por su sacrificio, generosidad y dedicación a la enseñanza, pues con lo poco que conocían y con los paupérrimos materiales que disponían hacían maravillas.

“Estos profesores..., me dijo,...nos recibían con gran alegría y nos brindaban lo mejor que tenían y con ellos se

organizó los Concursos de Catequesis. Para mí..., -dijo-... los profesores son cuasi sacerdotes porque a través de ellos llega el obispo a los lugares más recónditos y que la gran tarea es formar maestros cristianos para que cambie el país y además los maestros son los que preparan el camino al sacerdote”.

Además de contarme muchas anécdotas y peripecias que había pasado en la Prelatura.

Al final entendí que las propuestas las unía, las hacía suyas y las convertía en una sola. Lógicamente Mons. Ignacio era consciente de la larga, dura, paciente y no siempre comprendida tarea a emprender y por eso, me dijo que viera quién o quiénes podrían ayudar, depositando en mí toda su confianza y dándome todo su apoyo, de tal forma que sólo los dos conversábamos sobre el tema pero con la idea clara hacia dónde se quería caminar. Me fui dando cuenta que empezábamos a compartir un mismo ideal, hasta el punto que me permitió seguir viviendo en el Obispado y compartir su mesa. Esto facilitaba una permanente comunicación pero nunca en el comedor sino a solas, por los pasadizos y pocas veces en su Despacho, salvo el caso que así las circunstancias lo requiriesen.

Hablé personalmente con cada uno de los sacerdotes. Lo difícil era el comprometerse a trabajar. Sólo aceptaron seis y el equipo se conformó de la siguiente manera: P. Guillermo Areán, P. Roberto Luther, P. Matías Irazábal, P. Justo Irazábal, P. Angel Rieiro, P. Vicente Gleeson, P. Pablo Roy y el autor de este texto.

A mediados de setiembre le conté a Monseñor que ya se había logrado formar un equipo de 7 sacerdotes y me pidió que los convocase a una reunión en el Obispado para el día 26 de setiembre de 1968. Se inició con la oración en el Oratorio y de inmediato se pasó al análisis y discusión sobre la viabilidad de cada una de las propuestas, determinando que el primer paso a dar sería la implementación del Curso de Capacitación en Formación Religiosa, con alcance regional, y

que las otras se pondrían en marcha cuando se tenga personal suficientemente preparado y se disponga de los medios económicos necesarios.

Con la firma de Mons. Ignacio, el Proyecto fue presentado al Ministerio de Educación el 29 de octubre de 1968. Días antes, Monseñor se reunió con los señores obispos de Piura, Chulucanas, Chota, los de Jaén y Chachapoyas, que no pudieron asistir, pero los tres anteriores comunicaron su adhesión al proyecto. Todos se comprometieron a enviar sus profesores al Curso de Capacitación y así lo cumplieron durante los 14 años en los que se mantuvo en pleno funcionamiento.

El 16 de diciembre de 1968, se oficializaba el Curso de Especialización en Religión a través de la Resolución Directorial N° 14548 emitida por la Dirección de Formación Magisterial, en la que se autorizaba el funcionamiento de dicho Curso de Especialización con 5 ciclos vacacionales de duración.

Los estudios se iniciaron el 9 de enero de 1969 con 25 estudiantes matriculados y teniendo como profesores a los sacerdotes Manuel Cavana y Enrique Bartra de la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima, así como a sacerdotes de la sede: Roberto Luther, Justo Irazábal, y Guillermo Areán, a los que se sumarían durante el transcurso de la vida del centro, además de sacerdotes de órdenes religiosas diversas como: maristas, jesuitas, franciscanos, dominicos, agustinos y sacerdotes seculares y seglares.

Es justo destacar que en los actos de clausura de los cursos, en las pocas veces que consideraba necesario intervenir, no obstante estar presente, Monseñor entregaba a las audiencias, mensajes maduros y sazonados con el cariz propio de un humanismo cristiano y una solidez de doctrina, logrados con el fragor de su apostolado y en su fidelidad al Magisterio de la Iglesia, a la que no defraudó. En cada uno de sus mensajes, se puntualizaba la misión del maestro cristiano de promover los cambios de costumbres ancestrales negativas o estructuras legales que minan la unidad familiar,

social y religiosa; de profundizar en el conocimiento y la vivencia de la fe; de sacar al pueblo cristiano de su ignorancia religiosa para no ser víctima fácil de la influencia del marxismo, que no contribuye con el progreso humano.

A principios de 1969, con el propósito de orientar de manera más orgánica la formación religiosa y por ende el Curso de Especialización de Religión, Mons. Ignacio pone en funcionamiento la Oficina de Educación Católica, disponiendo un ambiente del Obispado como sede y encargándome la Dirección.

Al año siguiente, el 17 de octubre, la Oficina Regional de Educación Católica, con anuencia de Monseñor, por la trascendencia del tema, realizó la Primera Jornada de Reflexión Educativa, en las instalaciones del Colegio Manuel Pardo. Asistieron más de 90 personas entre sacerdotes, religiosas y profesores. El documento con las conclusiones y recomendaciones se remitió a la Comisión Episcopal de Educación y a la Dirección General de la ONDEC, como colaboración en el estudio del Informe General de la Reforma Educativa.

En 1971 se exige en las escuelas el uso de las guías y cuadernos de Religión. Este mismo año inician su labor, a nivel nacional, los entrenadores de formación religiosa quienes tenían la tarea de capacitar a los profesores con los nuevos lineamientos de la Reforma Educativa emprendida por el gobierno y se nombran Supervisores de Formación Religiosa, por parte de cada Diócesis. A fines de octubre la ONEC convoca a una reunión en Lima para tratar sobre la organización de la OREC, su financiación, sus relaciones con las Comisiones Diocesanas de Educación Religiosa y con los entrenadores de formación religiosa.

En 1972 se da inicio a cursillos de Educación Religiosa a nivel regional, con la respectiva autorización oficial. En marzo de 1973, se remite al Señor Cardenal Mons. Juan Landázuri Ricketts y a todos los obispos del Perú las "Observaciones al Reglamento de Educación Religiosa de la

Reforma Educativa”, fruto de una asamblea extraordinaria convocada por la OREC, a la que asistieron delegados de Piura, Chulucanas, Jaén, Chachapoyas, Chota y Chiclayo.

La OREC, con la confianza e impulso de Mons. Ignacio, a partir de 1974 intensifica su trabajo mediante cursillos, microconcentraciones, supervisión de las clases de Religión en colegios, etc. en Chiclayo y toda la Región. En setiembre de 1975, con autorización oficial se llevó a cabo en toda la Primera Región el Curso de Capacitación en Formación Religiosa. Para ello se contó con ayuda de la ONDEC. Este servicio se continuó hasta 1980 en toda la Primera Región de Educación, para luego dedicar sus esfuerzos hasta la fecha, como Oficina Diocesana de Educación Católica.

Hacia 1978 Mons. Ignacio presentó un proyecto de solicitud de ayuda a ADVENIAT para la construcción del local de la OREC, que funcionaba en el tercer piso del Obispado. La respuesta fue positiva, a Dios gracias y los trabajos se iniciaron de inmediato. El 14 de setiembre de 1980, Mons. Ignacio bendijo el nuevo local de la oficina compuesto de tres niveles, en la calle Leticia N° 318.

Cuando lo consideraba necesario, Mons. Ignacio expresaba públicamente lo que hacían sus sacerdotes. Sufría enormemente por la incomprensión de varios de ellos, por el incorrecto ejercicio de la libertad, por su no clara fidelidad a la verdad y a la Iglesia, no obstante ello y a pesar de la fuerza de su carácter recto, se revestía con un manto de paciencia y comprensión, y los llamaba para conversar personalmente con ellos.

II. IMPOSTERGABLE TAREA DE FORMACIÓN DE MAESTROS

La creación y funcionamiento del Curso de Especialización en Religión, constituyó un proceso transitorio y una preparación para dar un salto nuevo y superior. Había que abocarse a gestar un centro de formación de estudios que, en forma regular, con exigencia académica y que a nivel universitario permitiera la formación de maestros de Educación Religiosa y de otras especialidades, teniendo como columna vertebral la Filosofía y la Religión.

Hacia 1980, consideré oportuno exponer a Mons. Ignacio la creación de un Instituto Pedagógico a semejanza del Pedagógico Nacional, con cinco años de estudio, el pertinente rigor y la exigencia académica. La propuesta recibió el respaldo de Monseñor y su aceptación constituyó el punto de partida y el impulso necesario para proceder a la formulación del Proyecto del Instituto Pedagógico.

Para el proyecto se contó con la colaboración de los siguientes profesores: Jorge Pérez Uriarte, Nelly Carpio Guerrero, Pedro Palacios Contreras, Hubert Limo Mendoza, Hugo Zapata Farías, Juan Llanos Figueredo y el CPC Miguel Rentería Piscoya, dándose por concluido en los primeros días de noviembre de ese año.

Al determinar el nombre que llevaría el Instituto, le propuse que fuera San Ignacio de Antioquia, santo mártir de la Iglesia, ante lo cual Monseñor contestó que no era conveniente ese nombre, en virtud que sería confundido con San Ignacio de Loyola muy conocido, pero sobre todo, porque cualquiera pensaría que él (Don Ignacio) tiene un afán de perpetuar su nombre y que más bien buscarse un santo peruano que tenga que ver con la educación. Al poco tiempo llevé una nueva propuesta: Santo Toribio de Mogrovejo, y esta vez gustoso aceptó.

Santo Toribio de Mogrovejo había nacido en Mayorga, España, el 16 de noviembre de 1538. ¡Qué coincidencia!, sin recordar esta fecha, ni haberlo pensado, un 17 de noviembre de 1981, un día después del natalicio del santo, teniendo como únicos testigos las cuatro paredes de su despacho y mi persona, Mons. Ignacio rubricó el Acta de Fundación del Instituto Superior Pedagógico No Estatal "Santo Toribio de Mogrovejo"; de este modo se registraba un hecho que marcaría un nuevo aporte de la Iglesia a la educación y a la cultura del pueblo peruano. Un hecho que se ha inscrito en la historia de Chiclayo, que ha servido de base y de preparación a lo que desde un principio anhelaban, es decir, la creación de la universidad.

El Sr. Ministro de Educación, José Benavides Muñoz, mediante oficio N° 3086 del 2 de diciembre de 1981 comunica a Mons.

Ignacio, haber recibido la solicitud de creación y autorización para el funcionamiento del Instituto Superior Pedagógico No Estatal “Santo Toribio de Mogrovejo” informándole que se debe esperar la promulgación de la Nueva Ley de Educación para estudiar, a la luz de esa norma jurídica, la propuesta hecha por el Obispado de Chiclayo.

Tras dos años de espera y de persistentes gestiones, el 23 de marzo de 1983, el Señor Presidente de la República Arq. Fernando Belaúnde Terry, firma el D.S. N° 010, mediante el cual decreta reconocer al “Instituto Superior Pedagógico No Estatal Santo Toribio de Mogrovejo” promovido por el Obispado de la Diócesis de Chiclayo y autoriza su funcionamiento.

El 28 de abril, mediante Decreto Episcopal Mons. Ignacio me nombró Director del Instituto y el 31 de julio se realizó el primer examen de admisión.

El 14 de agosto de 1983, a las 9 de la mañana, Chiclayo era testigo de la inauguración y puesta en marcha del Instituto, acto que se desarrolló en el Cine Teatro Tumi (hoy multicines Primavera) con presencia de autoridades del departamento, padres de familia y numeroso público.

Al día siguiente se iniciaron las labores académicas con 199 alumnos, en la calle Leticia N° 318. La conducción de la enseñanza-aprendizaje estuvo a cargo de profesores de la Universidad Nacional de Trujillo, la Universidad Pedro Ruiz Gallo y otros profesores.

Después de intensas gestiones de búsqueda de un terreno para la construcción de un local más grande para el Instituto, se solicitó al Director de la Región Agraria III, Ing. Germán Fernández Castro la “adjudicación de un terreno de 4 hectáreas a la Diócesis de Chiclayo para la construcción del edificio propio del ISP Santo Toribio de Mogrovejo”, quien accedió al pedido, no sin añadir que se tendría problemas como de hecho sucedió ya que el terreno estaba ocupado por comerciantes de materiales rústicos de construcción.

El 6 de agosto de 1984 la Dirección de la Región Agraria III-Lambayeque expidió la Resolución Directoral N° 327-84-AG/DRIII, que resolvía ceder en uso las 4 hectáreas solicitadas. El contrato de cesión se celebró el 13 de noviembre de 1984 y el 30 de ese mes se inscribió la cesión en uso en el Registro de la Propiedad Inmueble.

En mayo de 1985 empiezan los trabajos, con la apertura de zanjas para las bases de la pared perimétrica y el acarreo de piedra y arena gruesa. Hubo invasiones, y hasta juicios contra mi persona, pero felizmente con la ayuda de Dios, todo terminó positivamente.

El 17 de noviembre de 1986 tiene lugar la bendición y colocación de la primera piedra, que fue traída de la cantera del cerro "La Guitarra" de Zaña. La bendición de la futura ciudad universitaria estuvo a cargo del Vicario General de la Diócesis, RP. Ramiro Fernández Flores. Los padres de familia aportaron una buena cantidad de fierro para la obra, los ladrillos se hicieron en el mismo lugar, la tierra, la arena y el agua nos la dio con generosidad el mismo terreno.

En 1987 se inicia la construcción del edificio administrativo, que se concluyó a finales de 1989. Al mismo tiempo se construyen aulas provisionales, aprovechando la pared perimétrica, en las cuales, a partir de 1987 se iniciaron las clases.

En 1988 egresó la primera promoción compuesta por 54 alumnos, de los cuales 23 recibieron el Título de Profesor en Filosofía y Religión, de manos del Sr. Director Departamental de Educación, en el Acto de Graduación.

Mons. Ignacio, que había seguido muy de cerca estos cinco años, vivía y se alegraba con cada paso que daba el Instituto. Siempre que intervenía era para dar los principios generales. Nunca daba indicaciones en relación a cómo proceder, qué se debe hacer o que se haga de ésta u otra manera, ni tampoco señalaba qué profesores debían enseñar, ni qué personal administrativo debía laborar en el Instituto. Con plena libertad seleccionaba al mejor profesorado, tanto sacerdotes seculares y religiosos, como seglares.

Mons. Ignacio tenía tal confianza que se sentía contento y lo expresaba en forma pública. Solía decir que estos asuntos no corresponden a la función del obispo, al obispo le corresponde pensar y gobernar. Cuando por deferencia, le consultaba sobre temas relacionados con la marcha del Instituto, siempre me decía: “tu verás”, “ve tu” o “si te llevan a la cárcel, yo te llevo cigarros”. Y es que Monseñor solía repetir siempre: “Yo tengo una ilusión interior, tener ese ánimo de libertad y de respeto al trabajo de los demás, ofrecer una especie de prestación voluntaria, estar a disposición de lo necesario, sin impedir, sin poner dificultades, al contrario, animando o alimentando, pero sobretodo ilusionando a que las cosas crezcan”.

Hacia 1986, cuando un periodista le preguntó cuál era la tarea que corresponde al obispo en la Diócesis, contestó:

“La Diócesis es una parte de la Iglesia Universal y forma lo que se conoce como Iglesia Local, dentro de un determinado territorio, con jerarquía y clero propio. Sus tareas son por lo mismo, las de la Iglesia en general: anunciar la palabra de Dios, administrar los sacramentos, promover el orden moral y las buenas costumbres. Corresponde al obispo promover estas tareas y gobernar la Iglesia Local. Todas estas tareas implican la necesidad de promover otras muchas al servicio de las primordiales.

Por ejemplo, son necesarios los sacerdotes y para ello se requiere un gran esfuerzo de promoción de vocaciones, dotar a la Diócesis de su propio Seminario para su formación adecuada y muchas cosas más. Otro tanto podríamos decir en relación con la labor educativa o la promoción del bien común y el desarrollo de la comunidad y de los individuos; o el servicio del culto y el desarrollo de la liturgia, etc. Todas éstas y muchas más, son tareas de la Diócesis que los sacerdotes y muchos laicos llevan a cabo y que el obispo debe coordinar, orientar y presidir, es decir, gobernar”.

Conservó este criterio hasta su muerte y de manera particular con los sacerdotes, aunque de varios recibió muchas críticas,

como también de seglares que lo acusaban de no acercarse a los pobres y de estar con los ricos, pero muchas veces lo que pretendían con estas críticas, era que con su presencia avalase sus acciones. Así se llegó a los primeros 5 años de vida del Instituto y empezó a dar sus primeros frutos para entregarlos a la comunidad. Mons. Ignacio, como un niño, se sentía feliz, y, cuando le pedí que conformara el primer jurado para recibir la primera sustentación de los trabajos de investigación, con fines de titulación, aceptó con gusto.

Al inicio de la sustentación expresó:

“El Instituto es una criatura pequeña que ya tendrá ex alumnos; aunque la antigüedad sea de pocos días, pero después la antigüedad va a tener esfuerzo y esos antiguos van a seguir en el espacio y en el tiempo y van a formar parte de la vida del Instituto como antiguas almas de esta institución, como serán parte de nuestra riqueza y apoyo para el propio Instituto, para que ustedes sigan la enseñanza de que todo lo que es pequeño es una bendición, porque lo que hoy es pequeño, mañana será grande y con su ayuda, y con su esfuerzo, serán grandes.”

Otra vez, sucedió algo inesperado, ¡Qué coincidencia!, era 23 de marzo de 1996, día de la muerte de Santo Toribio de Mogrovejo en Zaña. Y en este día, Don Ignacio nos invitó a mí y al ex Secretario General del Instituto, Luis Chang Ching, por esa fecha, Congresista de la República, a almorzar. Él se había comunicado antes con Monseñor y le había dicho que era sumamente importante que se decida por la creación de la universidad. Al hacer el brindis Monseñor nos anunció que había decidido la fundación de la Universidad Santo Toribio de Mogrovejo, por tal decisión lo felicitamos y le ofrecimos nuestro esfuerzo: él respondió que era menester mantenerlo en reserva, e iniciar la formulación del proyecto. Esa fecha marca el nacimiento de la Universidad Privada (hoy Católica) Santo Toribio de Mogrovejo.

El 17 de noviembre de 1997, con motivo del Aniversario del Instituto, Mons. Ignacio hace pública la creación de la universidad, con estas palabras:

“El Instituto...dijo... nació hace 14 años al impulso de un firme propósito, el de servir del mejor modo posible a la Educación y con la ayuda del Señor y cierta idea de los que se conocen como “valores agregados”, decidimos orientar a los nuestros hacia la mejor de las esperanzas de eficacia: Tratar de FORMAR PROFESORES.

Y así nacimos, ipequeños pero vigorosos! A veces me parece que el tiempo pasa volando pero que el que empleamos en las cosas que queremos más, se pasa más de prisa.

¡Eso ha pasado con nosotros y por eso crecimos tan pronto! Y como pasa con todas las criaturas mientras crecen, que a cada rato las cosas se les quedan chicas y hay que cambiarlas y hacer alguna ropilla nueva o, por lo menos, estirarles las mangas y remendarle los codos...Y ocurre también -y es bueno que sea así- ¡que las necesidades sigan creciendo siempre con la criatura....! ¡Y gracias a Dios, porque es señal de que está sana y va creciendo bien...!

Así fueron pasando nuestros años toribianos, felices y dando gracias a Dios porque JUNTOS los que estuvimos en la primera hora y los que fuisteis llegando después, hemos sacado adelante muchas cosas, hemos aprendido mucho de nuestros alumnos y de nuestras circunstancias, nos hemos acercado a sus padres y familiares, nos hemos afianzado y sentido cada día más fuertes en nuestra vocación y desde el en ocasiones, duro pero siempre gozoso de batallar cada día, sin renunciar a la necesaria modestia. Creo que tenemos derecho a pensar en el mañana, digo en un mañana cercano, no en un mañana, con la ilusión de quienes nos sentimos capaces y estamos dispuestos a ofrecer mayores y mejores servicios a nuestra patria y a nuestra región, formando hombres libres, dignos, trabajadores, honrados e incommovibles en sus compromisos de lealtad para con la patria y con nuestra tradición cristiana.

Por todo ello y porque parece que este día de hoy es un buen día y la ocasión propicia para hacerlo, quiero comunicaros una noticia que os dará mucha alegría: la Diócesis de Chiclayo, por mi intermedio con el consejo y el apoyo de

TODOS ha decidido crear la Universidad Particular Santo Toribio de Mogrovejo.

Por ello contamos con vuestro apoyo y vuestra oración. Debes pedir al Señor Jesús, nuestro MAESTRO y a la Santísima Virgen Nuestra Señora de la Paz para que seamos diligentes y sepamos llevar a término pronto y bien, nuestro propósito.

Muchas gracias por vuestra amable compañía y muchísimas felicidades por este nuevo aniversario.

III. ÚLTIMAS PALABRAS DE MONSEÑOR IGNACIO PRONUNCIADAS CON MOTIVO DE SU CUMPLEAÑOS EL 28 DE MARZO DE 1998.

Como todos los años, en un marco familiar y con particular alegría, esta vez, el Instituto y su Centro de Aplicación se reunió el 28 de marzo de 1998 para celebrar el cumpleaños de Mons. Ignacio en un lugar muy acogedor, camino a Pimentel.

Cual padre que se despidе de sus hijos, les expresa sus sentimientos, sus deseos y les habla de su persona, de su elección como Prelado de la Prelatura de Yauyos y confiesa, que ha cumplido con el encargo que el Papa le había encomendado:

“Me siento muy bien, no será una maravilla, no habré hecho una carrera de medallas de oro, no, no, pero lo he dejado sin romper”. Hacía algunos días que había cumplido 75 años y tenía que entregar la Diócesis a su sucesor Mons. Jesús Moliné Labarta que ya se encontraba en Chiclayo.

Habló de su contacto personal y de su trabajo con los maestros en la Prelatura de Yauyos, expresando su admiración y reconociendo el gran aporte que, en sitios tan lejanos e inhóspitos, hacen los maestros al progreso del hombre y al quehacer de la Iglesia. Finalmente confesó que desde hace unos días, se encontraba en la mejor disponibilidad de aceptar lo que disponga el Santo Padre de su persona, pero que tenía la esperanza y la ilusión de ver el nacimiento oficial de la universidad y se imaginaba y a la vez

pedía al Señor que le permita dar sus primeros pasos por dentro de ella.

Sus palabras:

“Cuanto más tiempo pasa, más cuenta me doy de lo importante que es el obispo”.

Señor Obispo, Padre Dionisio, distinguidos visitantes.

Bueno. ¡Que me siento muy bien! Me siento muy bien, porque hace no mucho tiempo, en octubre, estuve en Cañete, el 02 para ser exacto, porque se cumplían 41 años de la Prelatura. Yo fui a dar testimonio de presencia, pues estuve allí cuando se abrió. Entonces las personas fueron a Misa, hubo Homilía, estaba el Nuncio y un montón de gente que ni se podía contar. Y la verdad es que yo estaba bien distraído pensando en diversas cosas, y de repente me dieron con el codo y me regalaron una imagen de la Virgen, una réplica de Nuestra Señora del Amor Hermoso que el Fundador del Opus Dei, me la envió a mí y que me la presentó en Roma para que me la envíen a Yauyos, él la mandó a hacer. Y por coincidencia una réplica me regalaron ese día. Entonces de repente alguien me dio con el codo, como siempre, y me dijo: “Monseñor, tendrá que decir algo, al fin de la Misa”... y yo me agarre la cabeza como un tontolín de turno de siempre. No sabía qué decir. Siempre me molesta hablar de mí, de mis cosas. No crean que soy tan humilde, me encanta que los demás digan cosas bonitas. Tampoco hay que ser tan bobos, pero a mí me parece que me da un poco de vergüenza, ¡Qué será! Dicen que los vascos somos tímidos, aunque la gente no se lo cree y aunque lo jure.

Cuando tuve que manifestarme, se me ocurrió decir algo que en el camino de Lima a Cañete había ido pensando mientras estaba haciendo un rato de oración. Estaba medio adormilado pero pensé en un poco de mi vida, en aquello que íbamos a celebrar: Yauyos y todos los años que había estado aquí. También, todos los años que había estado en Chiclayo, ¡total! prácticamente era toda mi vida sacerdotal y mi vida en el Perú. Pensé en lo que había meditado en oración y lo que otras veces

también se me había venido a la cabeza. Me imaginaba cómo había sido mi vida aquí. Me sentía un niño muy pequeño, de aquellos que arrancan a caminar con ánimo de no dejar nada derecho y en la fiesta donde están familiares, gentes y visitas, hacen destrozo y medio. En la Misa, había un chiquillo, pues éste arrancó y salió por allá y encima de una estantería había una porcelana fina, una porcelana de cébrex y el chiquillo fue y ipum!, la agarró con las dos manos y arrancó a corretear por allí con esto y puso sin respiración a toda la gente. Todo el mundo estaba esperando en qué esquina le iba a dar un coscorrón e iba a hacer leña la porcelana de cébrex. El chiquillo se paseó por todo allí corriendo. Nadie dijo nada, nadie absolutamente, todo el mundo pensaba, lo suelta y es el final. Hasta que por fin el chiquillo fue y lo dejó en una silla, se aburrió y se mandó mudar y entonces la gente respiró una tranquilidad y yo dije: **“Así ha sido mi vida”**.

Fui a Yauyos nombrado por Pío XII. De Pío XII hasta ahora que hablo no habido una sucesión, bastantes Papas. Yo había conocido montones de gentes, de Jefes de Estado. En el Perú, ¡uf!, desde Odría, que había visto muchísimos más, gentes de todo tenor que era un poco mi público y que yo me sentía ese pequeño con la porcelana caminando de aquí para allá, para allá, para allá y que había tenido a toda esa gente: al Fundador del Opus Dei, a los Romanos Pontífices; aquí, en el Perú, las gentes, que había tenido a toda la gente, durante todos estos años, casi sin respirar, viendo dónde lo rompía y que por fin resulta que estaba terminando mi vida, estaba dejando la porcelana, qué porcelana es y fina!, porque han sido todas las gentes que yo he tratado, maravillosas gentes en 41 años y que por fin estaba dejando la porcelana en una aradita, sin romper.

Me sentía bien y es verdad, así me siento, me siento muy bien. No será una maravilla, no habré hecho una carrera de medallas de oro, no, no, pero lo he dejado sin romper. Me encomendaron un asunto, lo he tenido entre manos un tiempo, era una cosa muy fina y he podido devolverla sin romper. Me parece bien.

Fina ha sido la porcelana, porque desde aquellas gentes, en las alturas de Yauyos, yo he soñado con aquellas personas que me conmocionan, maestros, maestras vivían en unos pueblines que eran unos riscos, de 4000 a 5000 metros de altura, en unas casitas de nada, con una lamparita de aceite, sin nada, nada de nada, enseñando, supongo con Tercer Año de Primaria que tendrían algunos de ellos, enseñando a nuestros niños, cantando que si la gallina, que si los pollitos, enseñando canciones heroicas de nuestra historia, enseñándoles, a punta de paciencia, las letras, a la vuelta de unos años, un poco a medio leer.

Me parecía una labor heroica. Me parecía el fundamento de todo lo grande y serio que se puede hacer en este mundo: enseñar, enseñar. Yo no sé por qué razón, Dios sabrá. Desde muy chiquito he tenido siempre ilusión: un papel que veía en la calle lo cogía y lo miraba. Yo he tenido siempre la ilusión de saber, de leer, de aprender y cada vez que quería y alguien me regalaba un libro o algo me sentía como alguien, especialmente feliz; me parecía que me habían regalado algo sumamente valioso. Cuando fui creciendo en el orden de la fe y también de la vida cristiana, siempre la cabeza se me iba por aquel enseñar, ir por todas partes del mundo, enseñar, enseñar a las gentes, enseñar, enseñar, enseñar. Y, de verdad que progresivamente, se le va tomando cabeza, una medida más clara, más definitiva al valor del saber y, por lo tanto, al valor fantástico de enseñar. Todo el que se sienta, si además ha puesto amor de Dios, se sienta protagonista de esta fantástica aventura y de este quehacer precioso de enseñar, yo diría que tiene el riesgo, el grandísimo riesgo de irse al cielo, así de fácil. Por haber hecho, si hemos sido fieles en este entendimiento, de esa llamada universal del Señor a enseñar, uf! Habremos hecho lo más bonito, lo más bello y lo más bueno que en este pasajero mundo se pueda hacer: enseñar. Dar, siempre es valioso. La gente está siempre haciendo convocatorias para que se sumen a esto: a la caridad, al dar, al repartir.

Ahora con El Niño. ¡oh!, la solidaridad, el dar, y van con una bolsa y hacen bien. Pero enseñar, saber ciencia, cultura, tener tiempo, pudiendo ir nosotros regalando ese tesoro, ese fantástico valor del

enseñar a la gente a saber, a conocer a Dios, a sí mismo, a los demás: fantástico!. Verdad que yo lo había imaginado sí, pero sólo como a ese sueño chiquito del chiquillo que corre de aquí para allá con la porcelana, pero siempre he tenido como una tentación de estar casi seguro de que llegaríamos aquí, illegaríamos ah!, no yo solo. Yo solo, no podría pensar llegar a ningún lado, pero tenía como la tentación de creer que íbamos a llegar hasta aquí.

Hace no demasiado tiempo, últimamente ya que hará unos meses, me parece, una de las reuniones que hemos solido tener de cuando en cuando, arriba en mi casa, vinieron unas personas que se han ido presentando uno a uno profesores, profesores de universidad que han venido a ofrecerse a nosotros para el futuro de esta soñada Universidad nuestra, ofreciéndose ahí, supliendo, llenando aquellos huecos que de comienzo, de repente no estaríamos preparados en todos sus momentos y ocasiones para satisfacer las exigencias pintorescas pero exigencias razonables de la ley. Entonces, cada uno se iba presentando y viendo ocho o diez personas, un montón de ellas, mayores, era enternecedor, ver que acudía gente desde tan lejos que no habían tenido que ver, como muchos de vosotros, desde el comienzo, que era un poco ese misterio no previsible de la mamá que le dicen va a tener un hijo, lo tiene y luego se lo devuelven catedrático, en vez de un bebe le dan un catedrático y yo decía, ¿a mí me está pasando esto?. De repente estamos empezando a recibir a nuestro lado gente que viene gozosamente porque le da la gana, no solamente con intención sino con seguridad de que este camino, por el momento y por mucho tiempo, no es interesante desde el punto de vista material y que vienen porque les da la gana de echar una mano a este quehacer nuestro familiar, juntos, unidos, a esto que hemos ido haciendo, a poquitos, cada día. Pues es consolador y ¿qué es lo que quiere decir? pues quiere decir que vamos bien, que lo que estamos haciendo está saliendo bien, que la gente de fuera empieza a entender que esto que hacemos nosotros no es una maravilla, no somos unos genios pero que somos unos tíos estupendos, porque lo estamos haciendo en cariño, en fraternidad, unidos, con ilusión, con una idea clara de que estamos sirviendo y que vamos a servir en la mejor de las posibilidades de servicio que

es enseñar. Tengo la seguridad de que Dios está en nuestro camino.

Yo, a partir de ayer, estaría en las mejores condiciones del mundo para que el Santo Padre me diga, ¡ya lárgate!, pues puedes irte donde te dé la gana y sería lo más razonable y además a mí, lo digo con toda mi alma, si no fuese por tener que decir ya me voy, aquí, el resto me saldría por una friolera. No me importa nada. Yo no tengo la vocación de trabajo ni de heroísmo. Yo me iría contento a descansar y haría otras cosas mientras me llevan al cajón. Pero si reconozco que estos días cuando iba a hacer la oración pensaba, aunque sea un ratito más, para verlo. Yo ya no siento necesidad de estar aquí para hacerlo, por nada, ustedes lo van a hacer mejor que yo. A mí, ahora, me ha entrado la curiosidad y a mí que me gustaría verlo, me gustaría ir con el florón para dejarlo en la esquina, sin romperlo, me gustaría verlo. Yo pienso que, de repente, por algún camino o porque el trayecto hacia nuestra Universidad se va a acortar y porque quizá, me van a alargar a mí catorce días y medio el estar aquí, lo vamos a ver. Yo voy a ver la Universidad y voy a dar los primeros pasos por dentro de ella. Y como decía el gitano aquel de Sevilla, decía, “mañana me voy a jactar de comer higo chumbo, que me voy a jactar. Yo me voy a jactar de la universidad. Me voy a pasar todo el día yendo para arriba y para abajo, llenándome de la universidad, por el montón que la he deseado y con la seguridad que tengo de que estamos haciendo una cosa realmente buena. Habrá mucha gente a la que ni soñamos con ver nunca, ni veremos dentro de mucho tiempo, nos van a bendecir por haberlo hecho, punto, así de fácil; porque lo haremos bien, porque habrá una continuidad para el bien, porque nuestra universidad será ese centro de buen decir para un buen aprender de las cosas buenas de la tierra y del cielo, irán bien.

Pasaremos dificultades. Qué gracia tendría un parto sin dolor! Casi es un chiste pero después y, pronto, esto producirá frutos fantásticos. Y, estoy seguro, que a Dios le agrada, nos mira con afecto, con ilusión y nos va a bendecir de esa manera dándonos algo que nos hace mucha ilusión: La Universidad Privada Santo Toribio de Mogrovejo. Y isaldrá!, y Dios nos

bendecirá y nos hará reír con cara de tontos porque salió, porque nació y lo van a hacer con una buena pinta extraordinaria, con una buena cara, esas que se les cae la baba a la mamá decir ¡Que chiquillo! ¡Qué bien lo han hecho! y ¡Así va a ser la nuestra! ¡Dios os bendiga! La edad en algo se nota ya, había apuntado aquí: Luis Palomares Alvariño, para ponerlo entre los que habían venido esos días con nosotros y poner que había venido desde Lima. Por el gusto de estar con nosotros y yo le iba a decir que nosotros tenemos un gustazo, y uno especial, de que esté con nosotros, impresionante. Se lo he dicho ya, no es que se me había olvidado, pero ahora me da gusto de decirlo públicamente: ¡Gracias!. A, todo el que viene a estar con nosotros en esta casa, ¡por Dios! que es bienvenido. “Dios lo bendiga.”

El sueño visionario de Mons. Ignacio, que tuve la suerte de compartir, se va haciendo realidad día a día. Ha dado ya muchos frutos y aún dará mayores, con la gracia de Dios. Están puestos los hitos....Está abierta la senda, y por ende señalado el horizonte... por lo tanto ¡Manos a la obra!